

PATTON



SOLDADO EN DOS GUERRAS MUNDIALES

Liderazgo, valentía
y controversia: la biografía
de un genio de la guerra,
cuyas decisiones y estrategias
cambiaron el curso
de la historia.

FERNANDO
DEL CASTILLO
DURÁN

SEKOTIA

FERNANDO DEL CASTILLO DURÁN

*George Patton,
soldado en dos guerras
mundiales*

SEKOTIA

SEKOTIA

www.sekotia.com

@sekotia

© FERNANDO DEL CASTILLO DURÁN, 2025

© EDITORIAL ALMUZARA, S. L., 2025

Primera edición: abril de 2025

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

SEKOTIA • COLECCIÓN BIBLIOTECA DE HISTORIA

Editor: HUMBERTO PÉREZ TOMÉ ROMÁN

Maquetación: MIGUEL ANDRÉU

info@almazaralibros.com

Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4

C/8, Nave L2, nº 3. 14005 - Córdoba

Imprime: Romanyà Valls

ISBN: 978-84-19979-82-7

Depósito legal: CO-333-2025

Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

Cuando no estoy atacando, me pongo nervioso.
Carta de Patton a su esposa.

En la guerra, la única defensa posible es la ofensiva, y la
eficiencia de esa ofensiva depende de las almas guerreras
de aquéllos que la dirigen.
George Patton
La guerra como la conocí.

Y estudian cómo expresar estas cosas en la jerga militar
adecuada, que embellecen con juramentos de moda.
William Shakespeare
Henry V, Acto 3º, escena 6ª

Alcibíades sabía muy bien a lo que se exponía
cuando decidió irse a Esparta.
Jacqueline de Romilly
Alcibíades

Pero Patton no era un simple soldado de Dios. Se
parecía más a los personajes militares inquietantemente
complejos de Shakespeare, a figuras como Julio César,
Otelo y Tito Andrónico, todos capitanes inspirados
de quienes la civilización misma depende en tiempos
de guerra, pero a quienes la civilización no puede
soportar en tiempos de paz. Lo mismo que ocurrió con
los capitanes de Shakespeare, sucedió con Patton. La
civilización en paz no podía tolerarlo y él no podía vivir
en paz en una civilización pacífica.
Alan Axelrod
Patton

Índice

INTRODUCCIÓN.....	11
ANTEPASADOS, ESTUDIOS Y PRIMEROS DESTINOS.....	25
MÉXICO	41
LA GRAN GUERRA	55
TIEMPO DE ENTREGUERRAS.....	77
HAWÁI	87
UNA VIDA EN ESPERA.....	91
OPERACIÓN <i>ANTORCHA</i>	101
OPERACIÓN <i>HUSKY</i>	137
EL FUSAG	167
OPERACIÓN <i>COBRA</i>	191
<i>FORT DRIANT</i> , PATTON DERROTADO	209
OPERACIÓN <i>GREIF</i>	215
BASTOGNE	227
PATTON Y DIOS	237
DE BASTOGNE AL RIN.....	245
ALEMANIA.....	261
EL CRUCE DEL RIN	267

UN GENERAL DISTINTO	283
HAMMELBURG, EL ERROR DE PATTON.....	293
LA MINA MERKERS	305
OPERACIÓN COWBOY.....	315
OPERACIÓN <i>IMPENSABLE</i>	321
DESNAZIFICACIÓN	331
PATTON, GOBERNADOR MILITAR DE BAVIERA	341
LA DESTITUCIÓN.....	355
MORIR CON LA ÚLTIMA BALA	359
EL FUNERAL	381
CARTAS Y DISCURSOS DE PATTON A LAS TROPAS.....	387
PATTON, POETA	411
PATTON, ESTRELLA DE CINE	421
EPÍLOGO	435
ÍNDICE ONOMÁSTICO	441
BIBLIOGRAFÍA	449

INTRODUCCIÓN

Escribir la biografía del general George S. Patton Jr., ochenta años después de su muerte y del final de la II Guerra Mundial, sigue siendo recorrer un campo minado en el que, sorprendentemente, todo está abierto y todo es accesible, salvo el colofón, por supuesto. No obstante, en apariencia y, con poco que se arañe, asoman innumerables informaciones que pueden juzgarse como verdaderos filones, pero sin duda están envenenados, y más pronto o más tarde dejan ver un ángulo impreciso, una esquina insolvente o un detalle sospechoso.

Sin embargo, y a pesar de semejante estado de cosas, así era el personaje, contradictorio, paradójico y extravagante, y ahí radica su originalidad, ser difícilmente asumible por la historia, la crítica o la prensa, como ocurrió durante buena parte de su vida, situación que se repite también en los escritos posteriores o, más tarde, en el cine.

Pese a ello, un biógrafo no debe descuidar el pavoroso dictamen del príncipe de Talleyrand, obispo que fue ministro con Napoleón y embajador en Londres con Luis Felipe de Orleans: «no hay nada que sea tan fácilmente establecido como los hechos».

Pero, ¿de qué hechos se trata? ¿Pueden éstos ser desfigurados hasta el punto de que acaben concordando en una especie de cosmogonía en la que los actos coincidan con las ideas? Lo irracional, pensamos, es sostener que las obras humanas descienden de un mundo

ideal que, de ese modo, permite y da lugar a extravagantes contrastes sintiendo, sin asomo de agravio, su desnaturalización, o sea, la falsificación.

¿Qué hechos deben ser atendidos? ¿Circunstancias privadas o asuntos cuyo desarrollo implique consecuencias generales? Incluso, ¿dónde está el deslinde entre la personalidad y el temperamento, ese caudal que se presenta profundo y continuo? Y, ¿dónde empieza a verse el perfil colectivo? ¿Quizás cuando las cosas atañen a muchos y prefiguran y hasta autorizan el trabajo biográfico?

Volviendo a Talleyrand, y como también escribió: «los hombres son como las estatuas, hay que verlos en su lugar, esto es, actuando en contexto». Al fin y al cabo, somos hijos de nuestros actos, como dijo el hidalgo de la Mancha.

Todo es historia, desde luego y, en consecuencia y por esa razón, la historia queda vacía, escindida entre realidad privada y acontecimiento público, y puede que hasta incluso la historia que escribimos o leemos no sea más que la respuesta que buscamos a nuestras interrogaciones. Precisamente por eso, la vida y actuación del general Patton sobrepasa la cautela que cualquier investigador debe mostrar hacia el tema de su estudio, evitando la sobrexposición y la recarga y, en consecuencia, regulando la dimensión, porque una biografía jamás es una memoria detallada de cada uno de los días de un individuo, asunto imposible y probablemente siniestro. Como quería Virginia Wolf, una biografía describe un carácter, un comportamiento y unas circunstancias, pero no una vida.

De ese modo, lo que ha venido en llamarse desde hace un tiempo «giro biográfico», es decir, la atención académica en torno al contexto que presenta al sujeto estudiado —y contexto y circunstancias que muchas veces evidencian su aparición y hasta sus mismos actos, y no como forjador de hechos sino como producto resultante de esos mismos hechos—, tiene en Patton un expediente extraordinario: salvo algunas cartas a su esposa, durante su estancia en la Europa en guerra, la vida de George S. Patton renuncia a presentar pormenores particulares porque se centra en actividades estrictamente militares, desdeñando peripecias divergentes, si considera-

mos sus declaraciones a la prensa y en otros foros como integradas dentro de su labor castrense, claro está.

Solo hay un asunto que acaso pudiera considerarse de la más precisa intimidad y aproximadamente fuera del ámbito militar, la afición a escribir versos. El general elaboró durante toda su existencia una serie de composiciones versificadas —por otra parte, de insegura valía— que revelan, desde luego, una dudosa inspiración pero que, al mismo tiempo, muestran una inquietud persistente, fruto de la experiencia en los campos de batalla.

El hombre que mandaba ejércitos, que hacía converger en escasas horas las vanguardias de sus blindados en puntos muy distantes, que perforaba los flancos del enemigo, que dirigía bombardeos mientras ordenaba avances insospechados hacia diferentes objetivos, también dejaba por escrito, a su modo y manera, versos irregulares que, en definitiva, eran legítimos testimonios de una mirada auténtica, profana si se quiere, pero al mismo tiempo cargada de resonancias a la divinidad.

Y ese es otro de los ejes que no debe pasarse por alto: la relación entre el general Patton, que era protestante episcopal, y Dios, al que dirige preces y súplicas, y al que solicita cambios de tiempo para poder avanzar en pos del antagonista. Patton es un guerrero de un dios que le responde y que actúa, que muda el clima y que lo escucha, doliente, entre las ruinas de los templos que el general visita durante su vertiginoso avance por Francia¹.

Por otra parte, el contexto de la guerra europea forjó e hizo surgir la figura del general Patton, desde luego. Sin tales circunstancias, y lo explicamos con detenimiento más adelante, su paso por la vida hubiera sido el anodino transcurrir de un oficial norteamericano quizá en alguna guarnición de la frontera sur, pero poco más. Ese fue uno de sus temores, de tal modo que cuando estalló la guerra —ambas guerras, pero fundamentalmente la segunda conflagración

1 Según Max Hastings en *Armagedón: la derrota de Alemania, 1944-1945*, Crítica, Barcelona, 2016, unos 800 kilómetros en veinticinco días, pág. 115.

mundial—, Patton ya era un *viejo*, si se nos permite decirlo así, de cincuenta y cinco años, es decir, estaba cerca de pasar a la reserva.

¿Puede pensarse, siguiendo ese modelo de razonamiento, que la II Guerra Mundial ofició a modo de construcción de la personalidad más agresiva y profesional del general? Eso creemos, y donde hemos escrito construcción valga también indicar que, del hecho privado, Patton pasó al suceso público: de sus éxitos en México —que ciertamente tuvieron trascendencia mediática—, de su escasa intervención en las batallas de Francia durante la primera contienda o de su estancia en Hawái, saltó a las portadas de las revistas y periódicos a partir de la llegada a África, Sicilia y después a Francia, a veces en calidad de héroe, otras como villano, presentando siempre perfiles narcisistas y rebeldes dentro de una capacidad y una competencia fuera de cualquier duda.

Con todo, la existencia de Patton es un relato vigoroso, pleno de éxitos militares y de imprudencias políticas. Patton fue un soberbio general, el mejor entre los aliados occidentales, que supo adaptarse a la guerra mecanizada y a las batallas de movimientos, aprovechándolas en su favor, y cuya potencia en el liderazgo de las tropas resultó innegable, siendo un elemento determinante para la caída militar del III Reich en el oeste europeo.

Pero fue también un general controvertido, capaz de atraer sobre sí mismo tanto el elogio como la voracidad de la prensa, tanto el aplauso del público como la reprobación, y donde la presencia de amigos y conocidos en los estamentos políticos y militares supuso en muchos casos simplemente su continuidad. En efecto, la permanente amenaza de su comportamiento produjo que innumerables veces lo salvaran de la destitución sus excelentes contactos en las altas esferas, sobre todo Henry L. Stimson, secretario de Guerra, y los generales George Marshall y Dwight Eisenhower, amigos ambos, compañeros de armas y, el segundo, posteriormente, presidente de los Estados Unidos.

Junto a esto hay que añadir, por supuesto, la indiscutible destreza de Patton como comandante del VII Ejército en África y en Sicilia y, a continuación, como jefe del III en Francia, que se le encomendó

casi para evitar el despecho de un hombre al que se tenía, a pesar de todo, como actor imprescindible para la victoria en los frentes occidentales en aquella Europa aplastada por el nazismo.

La locución «a pesar de todo» no es baladí. En efecto, el carácter y las diversas manifestaciones del general Patton a lo largo de su vida y, sobre todo, en los momentos de mayor relevancia durante la guerra, presentan a un individuo provisto de unas particularidades muy llamativas.

En primer lugar, estamos ante una fuerte personalidad cuyos actos y palabras —de las que hay cientos de referencias— no dejaban impasible a nadie: se trataba de un sujeto que en todo momento buscaba ser visto y ser notado, aspecto que compatibilizaba con un narcisismo que le trajo frecuentes problemas personales, resultando dañino para sus propios intereses y también para los de otras personas de su alrededor, no digamos de cara a la prensa, siempre afanada en destacar pormenores específicos y detalles agrios del general. Indudablemente, durante la vida de Patton la prensa se convirtió en una especie de espejo deformado que podía pasar del idilio más enaltecido, como veremos, a la crítica más feroz en pocas horas. Cortejos y censuras que el general se encargaba de alimentar con extenuante pasión, seguramente convencido de que tales atributos le proporcionaban la notoriedad que su vanidad le solicitaba.

Y es cierto, con tenacidad y perseverancia, Patton manifestó un imponente sentido de su valía, de su especial jerarquía y de su destreza, y lo hacía sin tapujos y sin encubrimientos, ante propios y extraños, ya fueran los periodistas, los soldados bajo su mando o, en algunos momentos, ante diferentes personas en circunstancias de privacidad.

Al fin y al cabo, desde siempre el general tuvo clara su capacidad de éxito, como habrá ocasión de comprobar ante el que iba a ser su suegro, un acrisolado multimillonario que lo miraba con ojos incrédulos mientras escuchaba el entonado relato de un simple teniente recién graduado en West Point.

Si por algún motivo no se acercaba al laurel, Patton prefería la destrucción, no la vergüenza de verse constreñido a lo que consi-

deraba un fracaso: jamás transigió con la derrota. Su propia capacidad de admirarse, su jactancia, se percibía incluso en las actitudes que perfeccionaba cuando sabía que iba a ser retratado, afinando el gesto épico y rayando a veces en el histrionismo.

Patton careció en muchas ocasiones de empatía y, como consecuencia, la arrogancia era una de las peculiaridades de su comportamiento, ya que necesitaba imperiosamente ser admirado y sentirse necesario. Hablaba con la prensa, hacía discursos, lanzaba arengas y estaba presente en decenas de reuniones con otros militares y muchos políticos, pero siempre buscaba destacar, decir la palabra definitiva o sorprender al auditorio con expresiones inesperadas, de ahí que recurriera a los tacos y a las invectivas, a las amenazas y a los insultos contra el resto de los aliados, fuera la marina británica o el ejército soviético. Y cuando lo hacía, ni siquiera arrugaba un músculo, no se abochornaba y no sentía la menor turbación. Era, muy probablemente, la satisfacción del presuntuoso que, tras sacudir al público, disfrutaba con el asombro que había despertado.

Ello no quita para que no gastara también una campechana simpatía con los auditorios, siempre desde el ángulo del hombre superior. No le importaba que lo criticaran mientras fuera en tono irónico, le gustaba la broma, y gozaba que los soldados bajo su mando le dijeran «viejo sangre y agallas²» (*old blood and guts*), incluso fue capaz de dar pie a una chistosa anécdota al cruzar el Rin, permitiendo una fotografía capciosa que daba la sensación de estar orinando desde los pontones en el momento en que sus tropas atravesaban el río, de alguna manera para demostrar a los alemanes de forma clara y contundente que hacía lo que quería y, de paso, poniendo en evidencia al resto de los aliados: George Patton y sus soldados no iban a nece-

2 La traducción es, desde luego, amable y comedida, como muy a menudo ocurre con los dichos de Patton —no censurados, pero sí filtrados—, aunque seguramente la frase significaba algo como viejo sangre y cojones. Lo de viejo, por supuesto, no admite lectura metafórica, el resto queda a juicio del lector. Tal aserto apareció en la prensa en el verano de 1942.

sitar el portentoso despliegue que Montgomery organizó dos días después.

Por otra parte, tal y como adelantamos en la nota al pie, el Patton que nos lega la prensa y sus investigadores viene profundamente contaminado por las traducciones, que buscan una versión parafrástica, disimulada incluso, hasta oculta y fingida de sus palabras. Patton no era así, sereno, prudente e, incluso, templadamente ponderado. En absoluto, ése no fue su comportamiento ni ésas fueron sus expresiones. Decíamos antes no censurado, pero sí filtrado, y es cierto, salvo en las alocuciones oídas en directo, que lógicamente recogen las palabras exactas del general, Patton siempre fue «refinado» por la prensa e incluso por los historiadores posteriores y, a continuación, por el cine, que presentó a un militar brusco, pero no grosero, adulterando al personaje y convirtiéndolo en un tipo duro, aunque escrupuloso.

Valga un ejemplo entre muchos. En el inicio de la operación *Husky*, Eisenhower convocó a los generales que se disponían a invadir Sicilia, explicándoles los pormenores según los planes del almirante Hewitt y del mariscal Montgomery. Al enterarse que era desviado de la entrada en Palermo, Patton prorrumpió en invectivas mayores acerca de la disciplina respecto de la cadena de mando. El énfasis queda para la imaginación del lector, que lo tendrá que conjeturar, pero las palabras literales, tal y como las transcribe Rick Atkinson en *El día de la batalla*³ fueron tacos y reniegos de la peor especie. En el libro de Atkinson no hay cortapisas ni restricciones y Patton aparece con el esplendor del caudillo soez, obsceno, mucho más que grosero, que profiere tales expresiones ante el más alto generalato, del que, por supuesto, formaba parte.

Aquí, sin embargo, conviene una precisión: jamás George Patton pronunció una blasfemia, a saber, una expresión ofensiva contra

3 Seguramente las páginas de Atkinson —*Trilogía de la liberación*, Crítica, Barcelona, 2004— forman parte de las grandes obras acerca de la II Guerra Mundial. Guardan, no obstante, un tono novelesco que acaso disminuya su utilidad para según qué propósitos.

Dios. Quien posiblemente no dejó nada fuera del perímetro de sus imprecaciones, nunca agravió a Dios, y se impone aclararlo porque los biógrafos han pasado por alto este detalle. Las maldiciones de Patton, sus invectivas e improperios tenían siempre un sentido profano, en absoluto religioso, tal como veremos al final de este trabajo.

Con todo, si tal comportamiento se producía en un consejo de generales, se puede pensar qué haría y qué diría delante de los soldados o dirigiendo un ataque encaramado en la torreta de un *Sherman*. Naturalmente no es momento de ponerse sentimental y creer que los demás jefes, oficiales, sargentos y soldados tuvieran una conducta verbal impecable, y menos en circunstancias comprometidas, pero la diferencia está en el uso que Patton hizo del lenguaje soez. Era una especie de rebeldía y una manera de alardear de vigor sin atenerse a normas, una marca de autoridad, de potencia y de fuerza: aquello que habitualmente aparecía como tabú quedaba trasgredido por la energía del sujeto que hablaba. Era un soldado que siempre estaba en combate, a veces incluso contra las pautas sociales, por eso puede pensarse que quizá en el Patton grosero no hubo obscenidad, sino pura exhibición. Un continuo alarde de carácter, una prueba de brío y bravura.

Asimismo, véase que en el tiempo que estuvo en campaña, Patton no cambió su indumentaria, era un general de caballería —caballería blindada, desde luego—, pero seguía usando botas de montar y dos revólveres, un *Colt 45 SAA* o *Peacemaker*⁴ y un *Smith & Wesson 357*, eso sí, siguiendo la normativa militar estadounidense de 1860, sancionada definitivamente en las *Army regulations* de 1898.

¿Por qué lo hacía? ¿Qué había detrás de aquella solemne figura de guerrero terrible y enormemente solvente que utilizaba armas obsoletas frente a los carros alemanes? Muy sencillo: las cámaras de

4 Corre una anécdota al respecto que puede ser sintomática. En algún momento, un reportero le preguntó si el *Colt* que llevaba tenía las cachas de nácar. El general, templado como siempre, le contestó: *Hijo. solo los chulos de Nueva Orleans llevan un arma con cachas de nácar. Estas son de marfil*. La respuesta en inglés fue: *...only a New Orleans Pimp would carry a gun with Mother of Pearl grips*.

la prensa y los ojos de los soldados, que le devolvían la imagen que se había formado de sí mismo y que, naturalmente, quería proyectar ante el público. Y un público al que le iban a impactar no solo los revólveres, sino también las estrellas: llama la atención que el Patton que se presenta con cuatro estrellas de cinco puntas, *four-star rank*, el grado más alto que alcanzó el 14 de abril de 1945, general del ejército de los Estados Unidos, no ostenta cuatro estrellas, como sería preceptivo, sino que se exhibe con cuatro estrellas en el casco, cuatro en cada lado del cuello de la camisa y cuatro a cada costado de los hombros, sobre la guerrera. Es decir, veinte estrellas, más los galones en las mangas. Ese es Patton, general de veinte estrellas. Solo MacArthur, del que tendremos ocasión de hablar, con cinco estrellas, pudo parecersele.

* * *

Por otra parte, hay una cuestión que quizás convenga tratar: la relación que al parecer mantuvo con su sobrina Jane Gordon. ¿Se trataba de una vulgar murmuración? ¿Hubo algo realmente importante? Los investigadores suelen alternar, cuando no apear la cuestión, con referencias disuasorias, sin embargo, hay algún detalle que acaso debamos considerar.

Jane era hija de una hermana de Beatrice, la esposa de Patton. Y al parecer andaba enamorada de un oficial norteamericano casado que al final regresó a Estados Unidos con su familia, razón por la que la sobrina, consternada, trasladó sus imposibles afectos a su tío, bastante mayor que ella, pues era de la misma edad que la hija menor del general, Ruth Ellen.

Las dos primas mantenían una relación fraterna, visitándose en periodos vacacionales y oficiando Jane como madrina en las bodas de las dos hijas de Patton, Beatrice, que se casó con el general de brigada John K. Waters, y Ruth Ellen, desposada en 1940 con el general de división James Totten.

En cierta ocasión, en Hawái, hacia 1936, y según cuenta Carlo D'Este⁵, Patton y su sobrina Jane parece que tuvieron un devaneo que alertó a Beatrice y puso en jaque al matrimonio que, no obstante, se salvó para otros casi diez años.

A mediados de 1945, y en tanto la guerra ya había acabado, Jean Gordon volvió a Europa —situación que inquietó, tantos años después, a Beatrice Patton— en calidad de contingente de la sección L de la *American Red Cross Clubmobile Service*, grupo de enfermeras que atendía a los soldados norteamericanos en Europa y cuyo principal cometido era acrecentar la moral de los combatientes.

El general, según Ruth Ellen, siempre trató a Jane con amor filial, excluyendo cualquier escarceo sospechoso. Sin embargo, hay algún testimonio que pone en su boca unas jactanciosas palabras acerca de la virilidad, ya menguante, pues se trataba de un hombre de sesenta años. Comentarios de ese tipo pudieron ser habituales, como en el caso de Eisenhower, que mantuvo una más que conocida relación sentimental con su secretaria.

Tras el fallecimiento de Patton, Beatrice, según D'Este, emplazó a su cuñado y a Jane en un hotel de Boston para afrontar ciertas especulaciones poco decorosas, y al parecer, y siempre son comentarios secundarios, nunca testimonios tangibles, la viuda denigró a la sobrina, con lo que la reunión acabó muy mal.

Pasadas las navidades de aquel año, el 8 de enero de 1946, Jane se suicidó en Manhattan abriendo la espita de gas de la cocina, acrecentando las sospechas. Alrededor suyo, al parecer, había fotografías del general.

El asunto debe quedar así, sin sentencia y sin pronunciamiento ni resolución. ¿Se trató de un asunto de suspicacias y aprensiones provocados por una viuda que acababa de enterrar a su marido y que llevaron la desgracia a la sobrina? ¿Fue el castigo de Beatrice a una sobrina desleal?

* * *

5 Carlo D'Este, *Patton: A Genius for War*, Harpercollins. Nueva York, 1995, pág. 807.

Aquí, sin embargo, cambiando de asunto y ya sin más dilación, debe aclararse una particularidad interesante y, en gran medida, desencadenante de muchas teorías. Desde el principio, algunos biógrafos afirman que Patton padecía dislexia. D'Este⁶, que sigue diez años después a Martin Blumenson⁷, arranca su obra con ese dato, que considera crucial. Avala su posición con el examen que se supone hizo de los textos hológrafos del general, entre ellos *War as I knew it*⁸, el diario de guerra que Patton escribió en el frente de Europa hasta días antes del accidente que le costó la vida y que, a pesar de las censuras y supresiones que sufrió posteriormente, contiene elementos relevantes.

D'Este podría haber añadido en favor de su tesis las dificultades que Patton tuvo en West Point para aprobar las matemáticas, elemento importante para un diagnóstico de dislexia, dado que la discalculia es ingrediente habitual en ese dictamen. Otros autores en trabajos más recientes⁹ inciden en el tema y añaden un posible trastorno de déficit de atención (TDA). Sin querer andar más allá de lo posible, nos parecen análisis precipitados, pues los síntomas que todos ellos revelan no dan la imagen del disléxico, y sí la de un sujeto osado, resuelto y, en ocasiones, imprudente. Pero poco más.

La dislexia, tal como se entiende modernamente, es un síndrome que revela deficiencias neuropsicológicas, un trastorno de aprendizaje asociado a la lectura y al cálculo, pero también a la memoria y a la percepción auditiva y visual. Sin embargo, atendiendo a lo dicho y meticulosamente examinados por nosotros bastantes documentos manuscritos de Patton en versiones digitalizadas, no se advierte ninguna de las incorrecciones habituales que determinan tal sintomatología. Aparecen, eso sí, al principio rasgos infantiles y, des-

6 Carlo D'Este, *opus cit.*

7 Martin Blumenson, *Patton: The man behind the legend*, William Morrow & Co, Nueva York, 1985.

8 George Patton, *War as I knew it*, Houghton Mifflin Company, 1975. Edición en español, *La guerra como la conocí*, Platea, Málaga, 2016.

9 Glen Jeansonne, Frank C. Haney y David Luhrssen, *George S. Patton: A Life Shaped by Dyslexia*, Warfare History Network, Virginia, USA, 2021-2020.

pués, trazos propios de una persona que escribe continuamente y que estira la caligrafía intentando aprovechar al máximo el recorrido de la pluma, con líneas largas inclinadas a la derecha, zonas aéreas ocupadas y fajas sin marcas destacables.

En fin, para certificar lo que antecede, y conscientes de la trascendencia que pudiera tener, nos remitimos a varios textos familiares y oficiales manuscritos y enviados por Patton a lo largo de su vida¹⁰, y a los que hemos tenido perfecto acceso: carta desde el Virginia Military Institute a la tía Nannie hacia 1902, carta desde West Point dirigida al padre de noviembre de 1906, carta a la madre desde West Point datada en 1909, carta desde Ford Riley a su madre fechada en 1916, también a la larga nota que escribió al pie de una factura el 1 de octubre de 1917 y que corresponde a diferentes materiales librados al ejército norteamericano en Europa por las autoridades francesas, y que Patton contesta en calidad de capitán de Caballería, también a la hoja del diario de Patton correspondiente al miércoles, 1 de enero de 1919, varias cartas escritas en enero del 45 desde Luxemburgo y, por fin, y a modo de corroboración, una carta privada manuscrita de noviembre de ese año.

Pues bien, la supuesta dislexia sirve a los citados para explicar el carácter del general Patton, toda la pose y toda la imagen, incluso su procacidad, y hasta le confiere, siempre según los autores mencionados, un sentimiento de inferioridad que, a través de una actitud severa e intransigente, intenta superar.

Está de sobra insistir que para nada participa este libro de tal opinión. Reiteramos, cuando a finales de 1945 surge el Patton más airado y hasta el más lenguaraz, con acusaciones contra la URSS y con propuestas inverosímiles, D'Este escribe que se trata ya de un personaje enloquecido, siendo la dislexia un ingrediente perturbador más, al que añade las heridas en la cabeza sufridas por diversas caídas durante una vida de jinete y las consecuencias de un accidente automovilístico en Hawái. Obviamente, pensamos que es

10 *George S. Patton Papers*, A Finding Aid to the Collection in the Library of Congress. Manuscript Division, Library of Congress. Washington, D.C., 1998.

afirmación que no se sostiene, pues poco tiene que ver la dislexia con tales circunstancias.

* * *

Con todo, el éxito acompañó al general Patton, de eso no hay duda. ¿Acaso porque luchó en África y en Sicilia contra un enemigo en retirada o porque después, en Francia, los alemanes también estaban en retroceso? Esa incógnita será siempre un misterio y se hundirá sin solución en el piélago de lo enigmático.

Sin embargo, el oscuro final del general no choca contra su megalomanía —Patton no murió ahogado, como Narciso—, hallando la muerte de forma también hartó vulgar: un accidente automovilístico en un paso a nivel en la Alemania ocupada donde un camión militar estadounidense efectuó una maniobra absurda, causando un choque que le produjo lesiones muy serias. Según algunos autores que ya citaremos, hubo, además, un disparo. Y puede que hasta un envenenamiento.

Dicho lo anterior, podría pensarse que una vez la guerra estuvo ganada, su deceso fue providencial, excesivamente providencial, a lo mejor. Desenlace incógnito, extraño y oportuno para una vida que dejaba muchos arcanos, muchas sombras y que, de ese modo, hacía que la memoria de Patton quedara purificada, a lo mejor sin la mancha de pasos oscuros y, principalmente, sin la amenaza de un hombre que hubiera podido dificultar en alguna medida los tiempos de posguerra.

En definitiva, Patton, al igual que Montgomery y MacArthur, veía a los soviéticos como la auténtica amenaza que iba a ensombrecer el futuro. ¿Estaba, de alguna manera, vaticinando la Guerra Fría? ¿Era sensato, como alguna vez dijo, enrolar las divisiones alemanas vencidas, darles la vuelta y empezar un combate a muerte contra los rusos en el momento en que éstos tenían mayor fuerza?

En la actualidad, el general George Patton se ha convertido en mito, esto es, símbolo y causa indiscutible para unos y sueño controvertido para otros. El lector, que va a encontrar suficientes materiales para elevar un juicio, sabrá discernir.

<p>I did nothing of interest Friday Thursday June 22 17 In afternoon Col. Mitchell asked me if I wanted to go out to the flying grounds with him and Hly. When we got there he arranged for me to go up in a Thomas Biglow. It was most interesting. I had always thought it would frighten me but it did not at all. I felt perfectly safe and the machine seems as steady as a church. The entire</p>	<p>we did not go up very high only 3000 feet. I did not seem that. I went to the Condo house a most interesting play. Saturday June 23 17 Sgt. Poirer reported this morning that one of the Machine men over a French man and broke his collar bone. I called on the Prefect of Police of the district and after giving him a cigarette and a ride he assured me that the victim was a robber an assassin and</p>
---	--

George S. Patton Papers: Diaries, 1910-1945; Original; 1914, 1916,
and 1917. Mss. 35634, box 1, series: Diaries, 1910-1945.

to retreat and then with Kays
and when this show is
over to have me go back
to room ~~then~~ Huskey and B.
take 11 Corps. Note that as
utterly useless.
Plan 3. Have B to stay on as
Deputy Commander with me
get him a staff to work in
with mine and then
when this battle is over
to have me go back with
my staff to room Huskey
and Breakley take over. Kays
to plan until I get there.
I accepted this as best.
I am not at all sure that
this show will run
according to plan and
feel that as long as it is
interesting, Breakley will
keep me. If it lays down
I can cut out.

George S. Patton Papers: Diaries, 1910-1945; Original; 1943, Mar. 5-May 21.

ANTEPASADOS, ESTUDIOS Y PRIMEROS DESTINOS

Transcurrido un siglo y pico desde que Robert Patton dejara Escocia, nació el 11 de noviembre de 1885, en San Gabriel, California, George Smith Patton, en cuyo nombre figuró el júnior debido a la concomitancia con el patronímico paterno.

De progenie vinculada al ejército y a la alta política, sus antepasados fueron oficiales que lucharon en la guerra contra Inglaterra, llegando alguno a gobernador de Virginia. Su abuelo, George Smith Patton, mandó la 22.^a de Infantería de Virginia, cayendo en la tercera batalla de Winchester, también conocida como Opequon, por el río que separaba a ambos contendientes. Un tío llamado Waller Tazevell Patton sucumbió, junto con miles de soldados más, en la carga que el general George Pickett ordenó lanzar frontalmente, el último día de la batalla de Gettysburg, contra los cañones y los fusiles de la Unión.

Por parte materna, el abuelo, Benjamín Davis Wilson, era un hacendado californiano de notable influencia que llegó a ser alcalde de Los Ángeles.

El padre de Patton, graduado en el Virginia Military Institute, fue abogado y fiscal del distrito del condado de Los Ángeles, inte-

resándose posteriormente por asuntos políticos y ascendiendo en el partido demócrata.

Todo ello debe hacernos pensar que el pequeño George no iba a estar al albur de las circunstancias y que su futuro profesional tampoco dependería de la accidentalidad de los escenarios.

Conviene decir que, en los primeros años, el futuro general se educó en casa, quedando al cuidado de una tía soltera, Annie Wilson, *Nannie*, que al parecer proyectó sus desvelos en el joven. Tal decisión era habitual en aquel entonces entre las familias ricas del sur de los Estados Unidos. La tía Nannie pasaba las horas leyendo al sobrino en voz alta, dado que el muchacho todavía no había aprendido las primeras letras. Estas lecturas, que incluían desde clásicos a obras de la literatura anglosajona y la Biblia, fueron de enorme trascendencia para la formación del pequeño, pues construyeron un marco mental donde lo trascendente, lo heroico y lo bélico encajaban perfectamente.

El niño, en tales circunstancias, gastaba el tiempo entre caballos y lecturas, en las que también participaba el padre, aficionado a Homero, cuyas disquisiciones acerca de los pormenores del enfrentamiento entre Aquiles y Héctor, el domador de caballos, el asalto a las murallas de Troya de los negros mirmidones —soldados creados de hormigas por Zeus— o de las sutilezas de Ulises también afianzaron el carácter del muchacho.

En 1897, con apenas once años, George Patton fue colegial en el Stephen Clark's School for Boys, una escuela privada de Pasadena (California) y, a pesar de sus aparentes problemas con la ortografía¹¹, ya desde ese momento ansiaba ingresar como cadete en West Point, la mejor, más antigua y más acreditada academia militar de Estados Unidos.

11 Aquí radica un indicio que algunos biógrafos caracterizan enormemente, como hemos dicho, pudiendo tratarse de simple disgrafía, es decir, trazo indefinido o escasa asunción del código ortográfico debido a diversas causas y no necesariamente dislexia. Con todo, en la documentación examinada de la época, repetimos, no se observa indeterminación ni disortografía.

Pero mientras no recibiera la acreditación que le franqueara el paso, su padre, a pesar de haber obtenido la admisión en Princeton, lo hizo ingresar en el Virginia Military Institute, situado en el valle de Shenandoah, cerca de la ciudad de Lexington y con la Universidad de Washington muy próxima.

Esa elección paterna, en la que seguro influyó su propia graduación años atrás, se debió a la necesidad de ganar tiempo y apoyos hasta que el hijo consiguiera iniciarse en West Point, pero también pudo haber cierto elemento político. El Instituto Militar de Virginia había sido uno de los principales centros de formación de oficiales sudistas, cuyo edificio fue destruido por la artillería de la Unión el 12 de junio de 1864, reabriendo un año después. Pese a que las diferencias de la guerra civil ya estaban más que olvidadas, la admisión en el instituto virginiano era segura, principalmente debida a aquellos ancestros que se batieron bajo la bandera del aspa y las estrellas.

Sin embargo, la recepción en West Point era asunto más complejo. Requería la recomendación de un senador, dado que la ley de admisión otorgaba a cada miembro del Congreso el derecho de enviar un cadete de su distrito. Por eso, en 1902, George Patton padre mandó un escrito a Thomas R. Bard, senador republicano del sur de California, requiriéndole para que tuviera en cuenta la candidatura de su hijo. A esto hay que añadir la especial vinculación del senador con las actividades del ejército, ostentando cargos importantes en el programa deportivo de las Fuerzas Armadas. Tras aquella carta preliminar hubo otras más, insistiendo el padre en la demanda inicial. Finalmente, a primeros de marzo de 1904, Bard envió un mensaje a los Patton aceptando la petición. Seis años después de haber entrado en el Virginia Military Institute, en la primavera, George Patton Jr. se trasladó a West Point.

Pero, ¿qué significaba estudiar a principios del siglo XX en West Point? Se trataba de la academia militar más prestigiosa de EEUU y una de las mejores del mundo donde, junto a las disciplinas castrenses, se impartían saberes y conocimientos generalistas. Destinada a la formación de los oficiales norteamericanos, había sido fundada por Thomas Jefferson en 1802 en lo que fue una antigua fortaleza.

Ocupaba unos setenta kilómetros cuadrados y estaba situada en el valle del río Hudson, a casi 100 kilómetros al norte de Nueva York, con un entorno nórdico y un clima crudo. La disciplina y el rigor, imprescindibles en los cadetes, se ponían de manifiesto desde los primeros momentos, facultando unas exigentes pruebas físicas para el acceso y con deberes marciales desde el instante de la aceptación.

En aquella época, la academia de West Point estaba dirigida por los jefes de la generación que habían vivido la guerra contra España de 1898 y la de Filipinas de 1901, consecuencia de la anterior, pero con infames recuerdos para los norteamericanos: todavía resonaban las disposiciones del general Jacob H. Smith mandando fusilar a niños de diez años, ultrajante consigna que llenó la portada del *New York Journal* el 5 de mayo de 1902, tras confirmarse en consejo de guerra. Después, el 17 de julio de aquel año, el *New York Times* también incidió en el tema, creando en la opinión pública un colosal malestar que acabó con la destitución de Smith, el general que había dado la orden de liquidar a los isleños porque, según su parecer, eran «criminales que nacieron diez años antes de que tomáramos Filipinas»¹².

Uno de los puntos a destacar en West Point era la enseñanza de las matemáticas¹³ según el método del general Thayer, vigente durante más de un siglo. De hecho, las matemáticas ocupaban el centro de la jornada lectiva, tres horas continuas, las más productivas, junto a derecho, ética, táctica e idiomas. Los cadetes debían demostrar en pizarra y ante toda la clase una proposición que les hacía el instructor, que posteriormente preguntaba en profundidad acerca del razonamiento, calificando con notas desde 3 (el máximo, es decir, completo) a 0, fallo. Cada lunes se exponían públicamente las evaluaciones. Además, había exámenes generales dos veces al

12 Entre los críticos de aquella masacre figuró Mark Twain, autor de *Las aventuras de Tom Sawyer* y, posteriormente, *Las aventuras de Huckleberry Finn*, el padre de la literatura norteamericana según William Faulkner, que cargó sin contemplaciones contra semejante disparate.

13 Robert Keep, *The System of Instruction at West Point: Can it be Employed in our Colleges*, *The New Englander*, XXVIII (CVI), 1869, pp. 4-18.

año. Por otra parte, la asignatura estaba dividida en varios temas esenciales: logaritmos, geometría analítica, trigonometría plana o esférica, cónica, topografía y descriptiva. Todo ello iba dirigido a que los cadetes y futuros oficiales fueran duchos en el asalto y cañoneo de fortalezas mediante métodos aritméticos y a través de la triangulación del espacio, esto es, empleo de artillería, cañones, morteros y determinación de la caída de proyectiles. El estudio del álgebra y del cálculo diferencial se hacía a través de los manuales de los generales Charles Smith y Edgar Bass, que habían sustituido al del general de artillería Albert Church.

Otro asunto interesante era el estudio de la historia militar¹⁴, y no tanto desde el tópico punto de vista de la historia como maestra para el futuro, con la implícita creencia del retorno de los hechos pasados, sino como proveedora de elementos inteligentes capaces de albergar nuevos enfoques, y en el caso que nos ocupa, véanse los cambios que se iban a producir una vez estallara la I Guerra Mundial, al fin y al cabo, las enseñanzas de Carl von Clausewitz y otros ya no iban a ser pertinentes más allá del plano meramente teórico.

Entre las cuestiones que cualquier cadete debía solventar de inmediato en West Point era la obligación de optar por un arma. Dado el estatus familiar y la personalidad del cadete, parece que la elección no fue difícil para George Patton, prefiriendo la caballería, donde, además de su experiencia con los equinos desde la infancia, podía creer, como era su deseo, que tal opción le permitiría participar mucho más de la intensidad de los combates, desechando de ese modo la infantería, la artillería o el arma de ingenieros, para la que en nada le ayudaba su preparación matemática. De hecho, en West Point, Patton tuvo que repetir un curso por la baja calificación obtenida en esa asignatura.

14 María del Pilar Ryan y John W. Hall, *La enseñanza de la historia militar en la academia militar de Estados Unidos*, en *La enseñanza de la historia militar en las fuerzas armadas*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2007.

Seguramente por deferencia hacia el senador y también, qué duda cabe, por su especial interés y condiciones, Patton se distinguió en varias actividades deportivas, alcanzando los máximos honores y graduándose el 11 de junio de 1909 en el puesto cuarenta y seis entre más de cien cadetes.

Un año más tarde, en mayo, George Patton contrajo matrimonio con Beatrice Banning Ayer, hija de un empresario de Boston, Frederick Ayer, dueño de la American Woolen Company, magna empresa de manufacturas textiles¹⁵ que, además, mantenía junto a su hermano negocios farmacéuticos. De aquel matrimonio nacieron tres hijos, el último, George Patton IV, también optó por seguir carrera militar.

* * *

Beatrice Banning Ayer¹⁶ creció en una familia con todos los privilegios que un padre multimillonario podía ofrecer. Dedicada durante su infancia y adolescencia a los caballos, Beatrice llegó a ser una perfecta amazona, además de ahondar en las complacencias de la música. A punto de entrar en la juventud, presentaba perfiles, tanto por su belleza como por sus talentos, que desde luego llamaban la atención en la buena sociedad de Boston, con lo que su padre estaba ansioso por ver al joven que la hija, una chica enérgica y segura de sí misma, iba a escoger. Pero aquí las cosas se torcieron, Beatrice conocía a un muchacho llamado George Smith Patton desde su niñez y, al parecer, siempre bromeaba con la idea de casarse con él.

15 Sin que pueda establecerse ninguna relación con la trayectoria de George Patton en las fuerzas armadas estadounidenses, la American Woolen Company, cuya actividad y ventas había descendido en torno a 1925 debido a la llegada de nuevas tecnologías, durante la primera, como después en la segunda guerra mundial, volvió a crecer considerablemente por la demanda de mantas de lana y demás efectos para la indumentaria de las tropas, siendo uno de los mayores contratistas de productos no militares vinculados con el ejército.

16 Ruth Ellen Patton Totten, *The Button Box: A Daughter's Loving Memoir of Mrs. George S. Patton*, University of Missouri Press, 2005.

Cuando este entró en West Point, tal posibilidad tomó cuerpo, de tal modo que el segundo teniente recién graduado —que equivaldría en el sistema de grados español a alférez— se presentó en cierta ocasión en la casa señorial de los Ayer a caballo y, en vez de detenerse frente a la terraza, donde estaba la familia reunida, subió montado las escaleras, descabalgó y se postró ante la joven. Tal escena produjo el efecto deseado, pues Beatrice quedó definitivamente fascinada por el oficial.

El padre, al que el chico no disgustaba, esperaba para su hija un partido mucho más interesante, un industrial o el hijo de algún rico propietario, pero Beatrice ya había escogido. Tal como hemos dicho, George Patton también procedía de una familia acomodada, desde luego, pero distaba mucho de la prosperidad de los Ayer. Sin embargo, la perspectiva de casarse con un oficial sin posición alguna, al menos en aquel momento, suponía una vida de privaciones en los diferentes destinos al que el marido fuera enviado, para lo que la hija no estaba preparada, y menos a la sombra de un militar californiano cuya valía todavía se tenía que determinar.

Por tales motivos, Frederick Ayer se decidió a intervenir, tratando con George para disuadirlo de lo que entendía iba a ser una locura. Seguramente no sin una mezcla de escepticismo, temple y resignación, escuchó las razones que el segundo teniente le expuso acerca de su empleo. Patton no dudaba que llegaría a ser un talentoso comandante cuya carrera militar le haría ascender y estar presente en las guerras del futuro.

Pensamientos y especulaciones, nada más. En definitiva, asuntos vanos para los oídos de un hombre que se ganaba la vida con fábricas textiles y empresas farmacéuticas. Todo aquello de las guerras y los héroes le sonaba a grandezas de un tipo absurdo que pretendía casarse con su hija, a la que había criado entre algodones desde la primera infancia. Por ello empezó por inducirlo para que renunciara al ejército y se incorporara en cualquiera de sus industrias, así tendría un futuro prometedor y mucho menos azaroso. Pero Patton se negó en redondo, quería a Beatrice e iba a seguir su carrera militar.

Dado que la conversación con el novio no dio frutos, Ayer optó por utilizar parecida estrategia con Beatrice, pero cuando vio que también se negaba a reconsiderar la decisión, sencillamente prohibió el matrimonio. Bajo ningún concepto y en ninguna circunstancia, fueron sus palabras.

A partir de ese momento, la hija dejó de hablarle, se sumió en un silencio profundo y se instaló en su alcoba, donde inició una huelga de hambre que puso al padre contra las cuerdas, y cuyo resultado fue, a los pocos días y contra su parecer, el consentimiento de la unión. De ese modo, el jueves 26 de mayo de 1910, Beatrice y George se casaron en la iglesia episcopal de Saint John, en Beverly Farms, cerca de Boston.

* * *

Tras el pertinente viaje de luna de miel a Europa, y una vez en activo y disponible, Patton recién casado fue destinado a Fort Sheridan y, poco después, a Fort Myer. Hacía pocos años que Fort Sheridan, en las proximidades de Chicago y a orillas del lago Michigan, había entrado en la historia militar moderna: treinta indios *lakota*, supervivientes de la batalla de *Wounded Knee*, ocurrida el 29 de diciembre de 1890, fueron concentrados allí al amparo del ejército y bajo el mando del general Nelson Miles.

De la estancia en Ford Sheridan, donde Patton estuvo integrado en el 15.º Regimiento de Caballería, queda un recuerdo notable que demuestra su fuerza de convicción. En cierta ocasión, el segundo teniente estaba dando una instrucción a los soldados y su caballo, en una sacudida nerviosa, lo tiró al suelo. Inmediatamente, se levantó, se sacudió el polvo y montó otra vez, pero el caballo, contumaz, lo volvió a tirar. Magullado y sangrando en abundancia, Patton consiguió retomar el caballo, acabar la explicación, asistir a un acto posterior y, únicamente cuando todo acabó, accedió en ser llevado al botiquín para limpiar y curar las heridas. Tales actitudes empezaban a demostrar un carácter que nunca lo iba a abandonar: el rigor en el cumplimiento de los deberes, la disciplina de hierro y el comportamiento meticuloso.

Posteriormente, como decíamos, el siguiente destino de George Patton fue Fort Myer, Arlington, en las proximidades de Washington, que también había tenido una importancia decisiva en la guerra civil norteamericana. Sin embargo, Fort Myer era un lugar mucho más avanzado, donde algunas novedades tecnológicas habían llegado y se desarrollaban con regularidad, como las primeras escuadrillas aéreas, compuestas por biplanos *Wright modelo A*, destinados a observación, y sistemas de radio, pues se habían instalado varias antenas para mantener comunicación con buques de la armada.

Patton, como oficial de caballería y dada su afición por la equitación, rápidamente entró a formar parte de la *Society Circus*, un selecto grupo de jinetes que entrenaba de forma y manera frecuente y que participaba en vistosos desfiles, paradas, marchas nocturnas, evoluciones de los escuadrones, incluso en exhibiciones con armamento histórico y vestimenta del siglo anterior. Un ceremonial que seguramente haría las delicias del joven matrimonio.

En aquella época, y como resultado de sus éxitos deportivos, el segundo teniente fue designado para participar en los Juegos Olímpicos de Suecia de 1912 como representante del ejército en las pruebas de pentatlón. Patton, que era un atleta completo, campeón en West Point de tiro con revólver, esgrima, natación y atletismo, empezó una serie de ejercicios que lo llevaron a competir aquel verano en Estocolmo, quedando en quinto lugar y siendo el mejor deportista extranjero¹⁷, asunto que le dio un prestigio formidable y el reconocimiento por parte de Thomas R. Bard, el senador republicano que lo había recomendado para West Point.

En este punto cabe una anécdota de cierta enjundia, Patton no obtuvo más puntuación porque el jurado apreció que había tirado

17 Robert D. Thompson, *U.S. Army Olympic Equestrian Competitions 1912-1948*, Schiffer Publishing Ltd., Pennsylvania, 2008. Un buen estudio acerca de la relación entre las fuerzas armadas estadounidenses y el deporte olímpico se halla en Whitfield B. East, *A Historical Review and Analysis of Army Physical Readiness Training*, Combat Studies Institute Press, US Army Combined Arms Center, Fort Leavenworth, Kansas, 2013.

con un revólver *Smith & Wesson* del 38 en vez del 22, como era prescriptivo, además aparecían menos impactos sobre el blanco que los disparos realizados, dado que algunos proyectiles pasaron por el mismo orificio.

En tales circunstancias y aprovechando sus éxitos, George Patton inició una firme amistad con el secretario de Guerra Henry L. Stimson, influyente político, también del partido republicano, con el presidente William Howard Taft y posteriormente con Herbert Hoover. La amistad con Stimson supondrá, muchos años después, una de esas benéficas relaciones que salven a Patton de la destitución fulminante, sobre todo si junto a la palabra de Stimson está la de Dwight Eisenhower.

Después de Estocolmo, una vez cerrados los juegos olímpicos y antes de volver a los EEUU, Patton acudió a la Escuela de Caballería de Saumur, el *Cadre Noir*¹⁸ —cuerpo de jinetes militares—, al sudoeste de París, donde aprendió el manejo de la espada de mano de Charles Cléry, *le beau sabreur*, instructor de esgrima que había sido representante francés en los juegos de verano de 1900. Cléry era tenido como el mejor esgrimista de su época, ostentaba el título de *maître d'armes*, la más alta consideración.

Posteriormente, de la afición de Patton por el arte de la esgrima dará cuenta la invención de una espada de combate que desde 1913 fue operativa en el ejército estadounidense y de la consiguiente remodelación de las doctrinas al respecto. En definitiva, estaba siguiendo las enseñanzas de Cléry, que detestaba el sable porque hería poco, prefiriendo la espada, capaz no de cercenar sino de tocar puntos vitales del enemigo.

Tan sonoro éxito hizo que George Patton fuera el primer oficial norteamericano que portó un título similar al de Cléry, pues desarrolló y amplió lo aprendido como instructor en Fort Riley¹⁹.

18 Se llama así por el uniforme que usan los caballistas cuando montan los Selle franceses: quepis negro con visera y remate dorado, casaca negra con botones también dorados y galones en hombreras y bocamangas del mismo color.

19 Posteriormente famoso porque allí se detectaron los primeros casos de gripe

De hecho, aquella invención sigue vigente, existiendo en el ejército estadounidense una espada denominada *Patton* cuyo origen fue creación del joven atleta que había triunfado en 1912. Se trata de un arma de 105 centímetros y poco más de un kilo, hoja de acero recta con acanaladura que no llega a la punta, doble filo —a modo de prevención—, cazoleta ancha, sin detalles, excelente para el combate a caballo, y con pomo de resina con las caras rectas. En 1913, la empresa Springfield Armory produjo casi cuarenta mil piezas, que fueron conocidas como *Modelo 1913*.

Un año después de la creación de la espada, el teniente Patton añadió un manual de uso, *Saber exercise*²⁰, para entrenamiento de jinetes y tropas desmontadas —al modo de los antiguos dragones—, obteniendo también un éxito considerable. Con alrededor de setenta páginas, fue publicado por la Oficina del jefe de Personal de Washington, en el Departamento de Guerra, el libro muestra con profusión de dibujos los movimientos descritos.

Era, en definitiva, el colofón a una tarea que marcaba al menos dos asuntos: en primer lugar, la influencia francesa en el uso de la esgrima en caballería, la estocada por delante del corte, por ello la espada recta, cuyo origen táctico se remontaba a Napoleón; y dos, y quizá más determinante, la vigorosa posición de Patton en aquellos momentos a favor de la caballería.

Posteriormente, todavía volvería a publicar varios artículos marcando tales opiniones, *The form and use of the saber* (1913), *A defense of the saber*²¹, donde consideraba esta arma como un medio de acción rápida, y *The present saber: its form and the use for which it was designed* de 1917. Sin embargo, la experiencia de la I Guerra Mundial lo iba a llevar, como a tantos otros, al desencanto más devastador: las ame-

española en marzo de 1918.

20 *Saber exercise*, War Department, Office of the Chief of Staff, Government printing office, document n.º. 463, Washington, 1914. La obra apareció sin mención del autor. Es notorio, por otra parte, que tanto Patton como los productores de la *Springfield Armory* persistieran en denominar sable a la que era una espada en toda regla.

21 *A defense of the saber*, *Cavalry Journal*, julio de 1916.

tralladoras alemanas barrieron sin miramientos los escuadrones y proscribieron definitivamente la caballería de sangre, remplazándola por otro tipo de arma, los blindados.

Asunto clave: a pesar de sus dudas y fluctuaciones, Patton, que siempre usó botas de montar, se adaptó a tales requisitos, demostrando una capacidad de transformación extraordinaria, asunto que no le resultó fácil y que requirió, como veremos, largas fases de convivencia donde, al menos en lo teórico, los carros y los caballos participaron al unísono en las batallas. Por fin, el que iba ser mucho tiempo después comandante del III Ejército norteamericano en Europa, supo renunciar a los équidos, por más que siempre le quedaron vestigios de aquella querencia, como veremos en el capítulo dedicado a la Escuela Española de Equitación de Viena y los lipizzanos.

Tras un tiempo en Fort Riley, George Patton fue destinado a Filipinas, motivo por el que de inmediato viajó a Washington para cambiar de asignación, dado que tal circunstancia lo alejaba de los centros de decisión y lo relegaba a un puesto apartado y seguramente sin relieve. Resulta sorprendente que años después, una vez la II Guerra Mundial hubo terminado en Europa y los ejércitos alemanes habían capitulado, Patton solicitara asignación en Asia, junto al general MacArthur, demanda que, juiciosamente, en absoluto fue atendida. Veremos los motivos más adelante.

En la capital, tras entrevistarse con amigos y conocidos más o menos importantes, Patton pudo modificar el destino, siendo enviado al 8.º de Caballería de Fort Bliss en Texas, un lugar muy de su gusto y donde esperaba poder demostrar lo que realmente era, un soldado. Al fin y al cabo, desde hacía unos años, la frontera sur de los Estados Unidos estaba agitada por los acontecimientos de México y Patton pudo intuir que si en algún sitio podía haber conflictos era allí, asunto que le daría posibilidades de promoción y ascenso y, principalmente, le garantizaba una situación militar muy diferente a la que se vivía en los regimientos del interior, tranquilidad, maniobras esporádicas y poca o ninguna acción. Y Patton, por su carácter, convicciones y edad, necesitaba verse a sí

mismo en situación de combate. Amaba la acción y detestaba quedarse en el cuerpo de guardia viendo pasar las horas o sentado en la sala de banderas fumando un cigarro tras otro y esperando el relevo.

En medio de todo aquello, fue escogido para participar en los Juegos de la VI Olimpiada, que debían celebrarse en Berlín en 1916, pero la I Guerra Mundial desbarató aquellos planes.



La tía Nannie con el joven Patton.